

BUNUEL UN LEON EN VENECIA

Por JOSE MONLEON

La proyección de «Belle de jour» será mañana. Dos años atrás, la inacabada «Simón del desierto» valió un éxito a Luis Buñuel, pero no el León de Oro, que se lo llevó «Vaghe stelle dell'Orsa», de Luchino Visconti. Ahora, «Belle de jour», tras su frustrada participación en el último Festival de Cannes, comparece con cierta ambigüedad. Me refiero a lo que se cuenta de la censura francesa —que ha cortado varios planos— y, según ciertos testimonios, al hecho de que el film no mereciera la aprobación del Comité de selección de Cannes. Se espera, según el sistema de prejuicios que se establece en estos casos, una película agresiva, brillante, de imágenes audaces, pero, digámoslo sin rodeos, menor. Algunos sostienen que la plenitud de Buñuel ha quedado atrás; la estética del cine —dicen— evoluciona de prisa y la Mostra del 67 promete ser fatal para los dos grandes clásicos en concurrencia: Visconti y Buñuel.

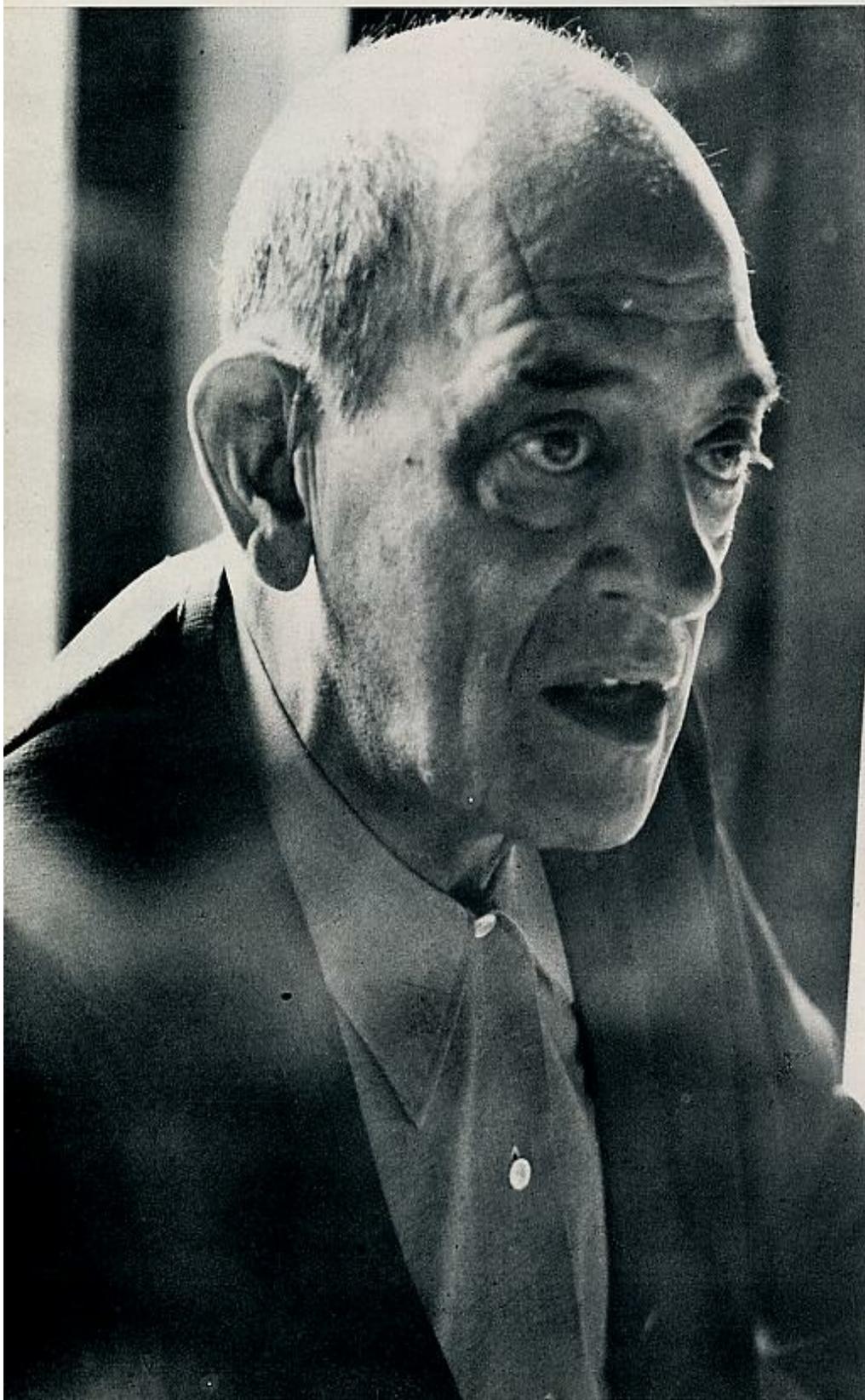
Tempoco se sabe seguro si Buñuel acudirá o no a la conferencia de prensa prevista para inmediatamente después de la proyección matutina de su film. Es sabido que a Buñuel le fastidian estas cosas y que su modo de ser y pensar se adapta mal a estos interrogatorios, por lo común más pedantes que sensatos. Muñoz Suay, buen amigo de Buñuel, se convierte en una especie de «hombre del tiempo»; sólo él sabe si Buñuel aparecerá o no por el Lido; su pronóstico, como es de rigor en estos casos, es sin embargo, cauto: «Seguramente vendrá».

Hoy le ha tocado el turno a «La chinoise», de Godard. Y se sabe que Buñuel, que pasa los días en el centro de la ciudad, lejos de las proyecciones del Palazzo y del agitado hall del Excelsior, ha venido a ver la película. Godard y Buñuel: la Mostra del 67 está en su punto alto. A pesar de las distancias que hay entre uno y otro realizador. A pesar de todos los paternalismos y enfáticas trivialidades que navegan por la ya extensa obra del francés.

Infancia y juventud

Luis Buñuel Porteles nació en Calanda (Teruel), el 22 de febrero de 1900. Es el mayor de siete hermanos. Y sus padres, de buena posición económica, se instalan muy pronto en Zaragoza para atender adecuadamente a la educación de sus hijos. Buñuel, sin embargo, pasará sus vacaciones en Calanda, grabándosele para siempre el sonido de los tambores que llenan ininterrumpidamente veinticuatro horas de la Semana Santa. «La edad de oro» y «Nazarín» llevarán estos tambores en su banda sonora. Saura los incluirá, a modo de homenaje a Buñuel, en su «Peppermint Frappé».

De niño, es muy devoto. Ayuda a celebrar misa y canta en el coro. A los dieciséis años entra como alumno en los jesuitas. En el colegio estudia el francés y se entusiasma por la entomología. Aprende de memoria muchos fragmentos de las Sagradas Escrituras, reúne una excelente colección de discos de jazz y admira a Wagner por encima de cualquier otro compositor. Más tarde, en la Residencia





El máximo premio de la Mostra veneciana, el León de Oro, ha recaído en el aragonés Luis Buñuel. Su última película, «Belle de Jour», ha sido aceptada unánimemente, con las consabidas excepciones de seudointelectuales y ultraconservadores. En la rueda de prensa, el director español entre Francisco Rabal y Jean-Claude Carrière.

de Estudiantes de Madrid, empieza a interesarse seriamente por el cine. Del 20 al 23 participa en algunas sesiones precursoras del posterior movimiento cineclubista. En la Residencia están también García Lorca, Salvador Dalí, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, etc. Amistades que contribuyen decisivamente a su formación intelectual. De García Lorca procede, probablemente, su interés por el teatro; Buñuel interviene como actor en un «Don Juan Tenorio», y, en el 26, dirigirá el estreno mundial de «El retablo de Maese Pedro», en La Haya: experiencias teatrales por desgracia interrumpidas.

Siguiendo los consejos de su padre, se presenta dos veces a los exámenes de ingreso en la escuela de ingenieros agrónomos, siendo suspendido. Concluye luego con facilidad y altas notas la licenciatura en Filosofía y Letras, sin abandonar por ello su interés por la entomología. Situada la Residencia frente al museo de Ciencias Naturales, Buñuel se convirtió en uno de los alumnos predilectos del sabio Ignacio Bolívar. También practicó el boxeo en el campo amateur.

A los veintitrés años se marchó a París.

venecia, 5 de septiembre de 1967

España —y este vez no ha sido por culpa de nuestros organismos oficiales, que mandaron un excelente film— no participa oficialmente en la Mostra del 67. Sin embargo, el día de hoy promete ser un día cargado de implicaciones culturales españolas. He aquí los títulos de los films: «García Lorca», cortometraje de Fulvio Tonti Rendell; «El muro», de Serge Roulet, sobre un relato de Jean-Paul Sartre ambientado en la guerra civil española, y «Belle de Jour», del español Luis Buñuel.

parís: los felices años veinte

Del 23 al 32, Buñuel reside habitualmente en París, aunque no faltan periódicas y provechosas escapadas a España. Es —en los años 26 y 27— ayudante de Jean Epstein en «Mauprat», «La sirena de los trópicos» y «La calda de la Casa Ushera». Mientras, ha establecido crecientes relaciones con el grupo surrealista que capitanea André Breton.

Breton, en su segundo manifiesto, declara: «Todo inclina a pensar que existe en el espíritu humano

un punto en el que la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable, lo alto y lo bajo, dejan de ser percibidos contradictoriamente. Será vano que se busque en la actividad surrealista un móvil distinto a la esperanza de determinar ese punto». De esta superación de lo real y lo imaginario entendido como contradictorio nace la estética de Luis Buñuel. Principio al que se une pronto —tal y como viene a ser dominante en muchos surrealistas de los años treinta— una dimensión crítica, un interés por las formas de opresión social, una agresiva y lúcida hipersensibilidad para detectar los tabús —sexuales, políticos, familiares, religiosos, etcétera— de nuestra época. Vertientes todas ellas fundidas según la particular personalidad y genio de Luis Buñuel, autor culturalmente enclavado en los trazos y herencias de nuestra generación del 98 y en las formas de oposición a la España «oficial».

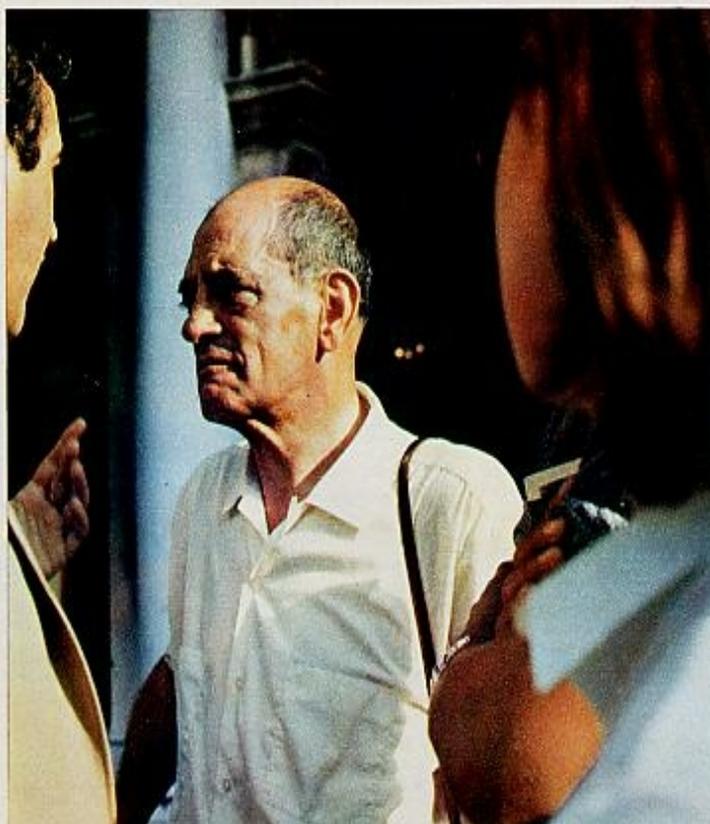
En 1928 y 1930, respectivamente, realiza en París, con la colaboración de Salvador Dalí, los dos films más vigorosos y auténticos de la nutrida «avant garde» de la época: «Un perro andaluz» y «La edad de oro». Ambas —en

SIGUE

TAXI
SERVIZIO - PUBBLICO
TEL. 35775 - 22303 -



BUNUEL UN LEON EN VENECIA



especial la segunda— están consideradas como obras capitales en la historia del cine.

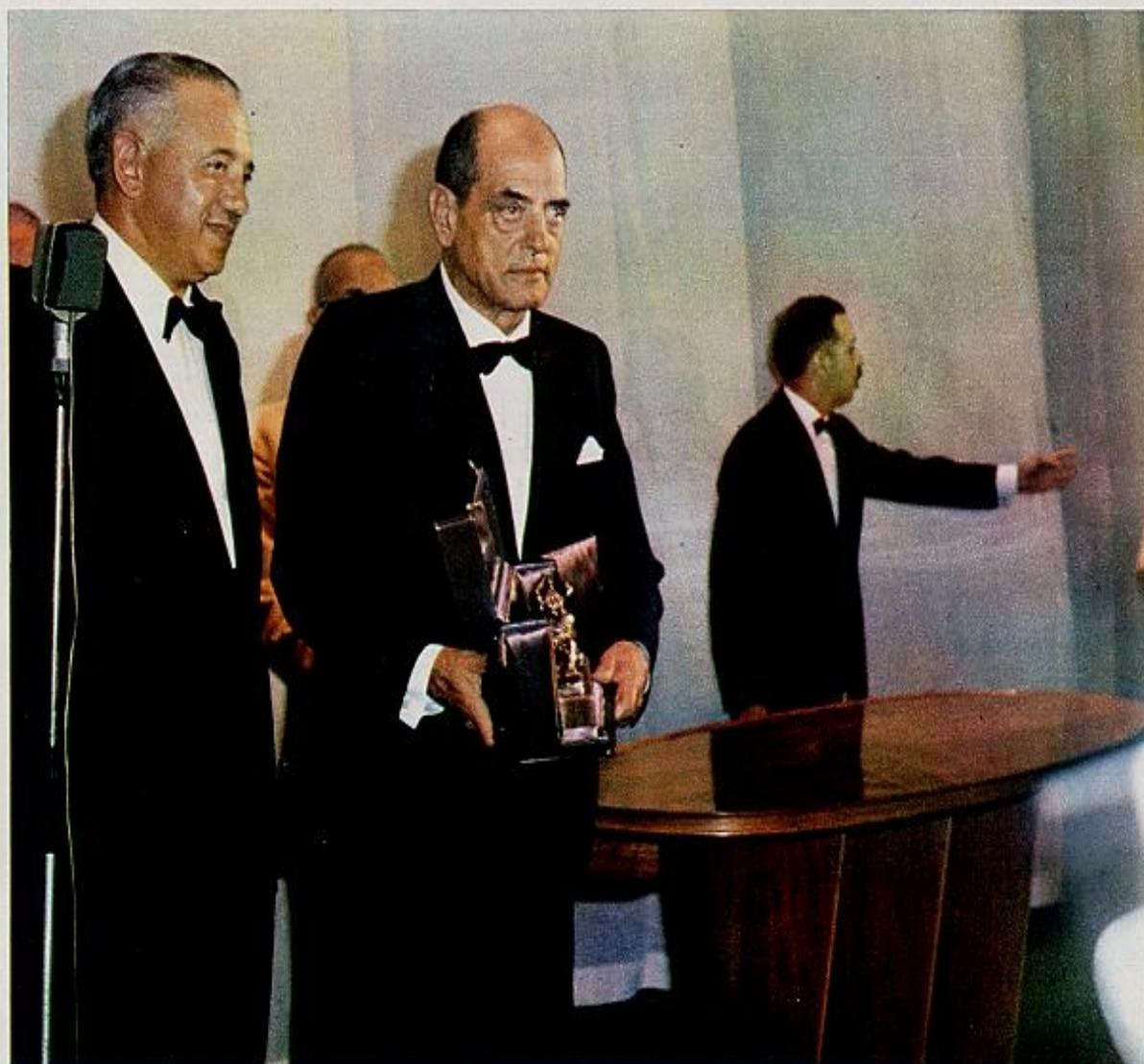
«He oído o leído interpretaciones de "Un perro andaluz" a cuál más ingeniosa, pero falsas. Dalí y yo escogimos los gags, los objetos que se nos ocurrían, y rechazamos implacablemente todo lo que podía significar algo. Un film de éxito, he aquí lo que piensan la mayoría de las personas que lo han visto. Pero, ¿qué puedo yo contra los fervientes de todo lo que es novedad, incluso si esta novedad ultraja sus más profundas convicciones, contra una prensa vendida o insincera, contra esa multitud imbécil que encontró bello o poético lo que, en el fondo, no es sino una desesperada llamada al asesinato?».

A propósito de «L'âge d'or» ha dicho Buñuel: «El cine es una obra maravillosa y peligrosa si la maneja un espíritu libre. Es el mejor instrumento para explicar el mundo de los sueños, de las emociones, del instinto. Parece que el cine se hubiera inventado para expresar la vida subconsciente que con sus raíces penetra tan profundamente en la poesía».

«L'âge d'or» tuvo muchos problemas con las autoridades francesas de la época. El film fue considerado de una intolerable agresividad. Muchos años después, en «Le journal d'une femme de chambre», Buñuel se burlaría de los ultraconservadores que imposibilitaron la exhibición normal de la película.

El «escándalo» de «La edad de oro» le valió un contrato con la Metro y una breve **SIGUE**

De Venecia, Buñuel opina que es «aún más extraordinaria que Toledo». Al sancionar su película, el Festival ha rendido homenaje a un maestro



estancia en Hollywood. Luego —tras realizar «Tierra sin pan», en España— trabajó para la Paramount en los estudios de doblaje de París. A los dos años de este menester, la Warner Bros lo mandaba a Madrid para que se encargase de las coproducciones

venecia, 5 de septiembre de 1967

La proyección de «Belle de jour» ha concluido. El Palazzo está lleno de periodistas y hombres de cine y la ovación es fenomenal. Yo creo que la película sólo ha decepcionado a dos categorías de espectadores: a los seudointelectuales y a las almas conservadoras. De delante de mí se ha marchado una señora en mitad de una secuencia excepcional, cuando todo el cine estallaba en carcajadas y aplausos. La señora ha dicho, en correcto italiano, que todo aquello eran locuras, dejándonos sumidos en las diversiones del infierno. En otro momento de la proyección, también he oído unas susurradas consideraciones sobre el carácter «comercial» del color del film.

Separadas estas dos categorías de espectadores, los demás lo hemos pasado como ante ninguna otra película de la Mostra. El film, sin ser jamás intelectualista, pedante, oscuro, es, siempre, arrebatadoramente sencillo e inteligente. Nunca había tenido el humor buñueliano una más precisa manifestación; nunca su sonrisa había estado más cerca de ese «punto» en el que, según pensaba Breton, se confunde lo real y lo imaginario, lo alto y lo bajo, lo comunicable y lo incommunicable. Los espectadores habíamos dejado de ser un dudoso

tribunal crítico para transformarnos en personas atentas, distendidas y felices.

La ovación que ahora llena el Palazzo no es una de esas ovaciones crispadas, paroxísticas, nacidas de un deslumbramiento. No hay el más mínimo reverencialismo. Aplaudimos a Buñuel como a uno de los nuestros, como si fuera un vecino de butaca o un amigo, o un familiar que acabase de burlarse de un tribunal de oposiciones y, además, se hubiese llevado el número uno de la oposición. Es el triunfo de lo vivencial sobre lo libresco, de lo llano sobre lo pedante, de la sabiduría popular sobre la jerga culturalista.

Muchos directores que tienen película en la Mostra —muy cerca de mí está Visconti—, numerosos actores, han madrugado hoy para asistir a la proyección para la prensa de «Belle de jour». Todos están de pie, aplaudiendo a este Luis Buñuel que, con aire de viejo campesino, sube el escenario del Palazzo.

Ya está arriba, al lado de Francisco Rabal, el divertido murciano de «Belle de jour». Docenas de fotógrafos y las cámaras de la R. A. I. acosan sin descanso al realizador. Pasan minutos y minutos. A los fotógrafos se les hace, al fin, arrodillarse, sentarse, o tumbarse en el suelo. Allí está la larga mesa de los que van a contestar en nombre de «Belle de jour». Buñuel, a pesar de que no le gustan estas cosas, a pesar de que ha dicho que «aunque hiciera una mala película, me la premiarían en los Festivales internacionales», es evidente que está pasando un buen rato. Quizá luego vengán las preguntas idiotas. Pero ahora se siente a gusto. Sabe que estos aplausos, digan lo que digan los periódicos, pase lo que pase en la conferencia

de prensa, decida lo que decida el Jurado, son la prueba, la más incontestable prueba, de que ha sido entendido.

«tierra sin pan»

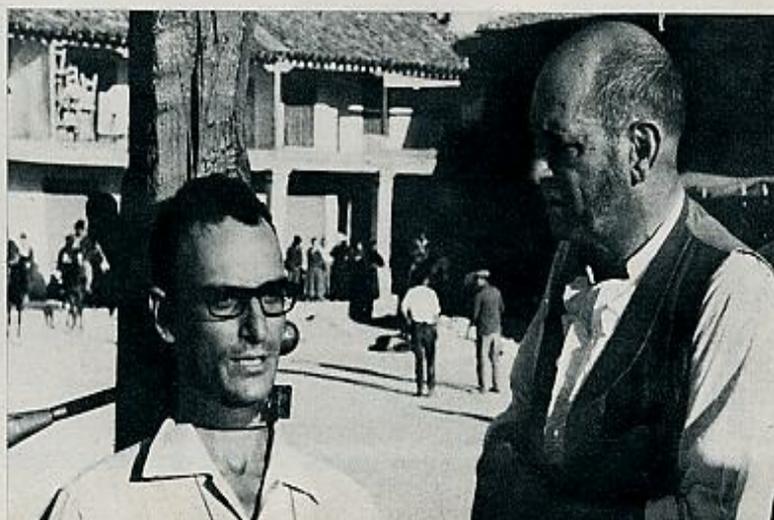
Durante su etapa parisina, Buñuel ha hecho numerosos viajes a España. En Madrid se relaciona con la «Gaceta Literaria», en cuyas páginas publica numerosos artículos de crítica cinematográfica. En 1928 contribuye a la buena marcha del primer «cine club» oficial español, pronuncia diversas conferencias y proporciona desde París interesantes programas. En Cadaqués rueda el prólogo de «La edad de oro».

A la vuelta de Hollywood, y antes de ser contratado por la Paramount para trabajar en los estudios de doblaje de París, Buñuel pasa en España una fructífera temporada. En ella rueda uno de sus escasos films españoles, «Tierra sin pan», cuya carga crítica le crea problemas con la recién nacida República Española.

«Tierra sin pan» es un documental sobre Las Hurdes. Un documental sobre una sociedad subdesarrollada y poblada de monstruos. Las imágenes tienen, pese a su estricto carácter testimonial, un aire alucinante y casi fantástico, en tanto reflejan una realidad difícil de aceptar desde los niveles de desarrollo de la sociedad moderna. Muchos piensan, con razón, que «Tierra sin pan» es el primer encuentro cinematográfico entre el surrealismo y la conciencia política de Buñuel. Marcel Oms, un excelente crítico francés, escribía: «Si hay cretinos en Las Hurdes, no es porque el alma o la naturaleza humana son malas, sino, primero, porque la

BUNUEL EN ESPAÑA

Buñuel marca la acción a los mendigos de «Viridiana». Durante el rodaje de este film, el realizador aragonés cumplió sesenta y un años. En los estudios de la CEA, unos cuantos directores acudieron a felicitarle: Carlos Saura, Juan Antonio Bardem, Marco Ferreri, Miguel Picazo. En el pueblo de Calanda, entre los tamborileros del Viernes Santo. Y —en esta ocasión— como actor en la película de Saura «Llanto por un bandido».





BUÑUEL UN LEÓN EN VENECIA

Luis Buñuel Charla en Venecia con Carlos Fuentes, el novelista mejicano que formaba parte del Jurado Internacional de la Mostra. Buñuel, a los sesenta y siete años, ha declarado que nunca más volverá a hacer cine. ¿Será, efectivamente, «Belle de jour», su despedida?

riqueza está concentrada, después, porque existe el incesto, porque hay un subdesarrollo, en otras palabras, porque se dan unas condiciones económicas precisas y concretas de las que no debemos apartar los ojos».

venecia, 5 de septiembre de 1967: la conferencia de prensa

Es difícil preguntar a Buñuel. Todos los que llenan la gran sala veneciana lo saben. Hay directores que, después de realizar una obra mediocre, son capaces de hablar de todo lo humano y lo divino a propósito de las intenciones ocultas de su film. Con Buñuel ocurre exactamente lo contrario. El surrealismo es contrario a los símbolos de significaciones concretas, contrario a las explicaciones precisas; las preguntas de una conferencia de prensa —o aun de la abrumadora mayoría de las entrevistas— exigen respuestas claras y, a menudo, didácticas. ¿Qué tiene que ver esto con las películas de Buñuel? Por eso y de un modo totalmente lógico, se acaba hablando con él de factores históricos, de factores de producción del film, o de datos biográficos, ligados pero ajenos a los valores poéticos de su obra.

He aquí algunas respuestas a titubeantes preguntas, en el maremagnum de una intérprete acostumbrada a diálogos mucho más elevados y seguramente más superfluos.

—¿No cree usted que su personaje Marcel tiene un aire romántico a lo Duvivier?

—No sé si es romántico o no. Si lo es, es contra mi voluntad. A mí me parece un personaje de la vida.

—¿Ese landó final, que aparece a la protagonista en sueños, significa, al ir vacío que, etcétera, etcétera?

—El landó es un elemento irracional del film. Yo no sé si simboliza algo o no. Quizá sea lo que usted dice, pero yo no le doy ningún valor concreto.

—¿Es verdad que es ésta su última película?

—No pienso hacer más películas. Soy un trabajador del ocio y quiero seguir mi vocación. Ahora bien, no soy como los generales, que los jubilan a una determinada edad y les pagan el retiro. Quiero decir que mi decisión es firme, pero a lo mejor hago más películas.

—En su película hay escenas claramente realistas, otras imaginarias, y otras, imprecisas, situadas en una zona ambigua. ¿Podría decirnos qué es lo que más le interesa?

—Lo claramente realista no me interesa mucho y me parece banal. Por otro lado, y he procurado

que haya una continuidad entre lo real y lo imaginario, creando, deliberadamente, muchas zonas de confusión. Todo está en el personaje de Severino, y la historia me parece auténtica a través de este personaje. No creo que debamos empeñarnos en aclarar la significación de ciertas imágenes, que son arbitrarias. Por otra parte, el mismo autor acaba sorprendiéndonos de la mezcla de lo real y lo imaginario.

—¿Qué película entre las suyas estima más?

—No me gusta ver mis películas una vez terminadas. Sufro mucho y siempre me parece que he podido hacerlas mejor. La película que recuerdo con más agrado es «La edad de oro», rodada en el 30, y resultado de un trabajo en colaboración con excelentes amigos.

—¿Cuál ha sido su intervención en el color del film? ¿Es interesante porque, etcétera, etcétera?

—Cuando hice «Robinson Crusoe» alguien habló de mi paleta de pintor. Pero yo soy el antipintor por definición. En «Belle de jour» sólo he intervenido para unificar los tonos y evitar los brillos. Los méritos son, pues, todos del operador.

—¿Cuál su relación con la cultura española? ¿Le gustaría hacer cine en España?

—Adoro España. España es mi infancia y mi juventud. Aunque también me considero mejicano, me encantaría hacer cine en España. De otra parte, me siento absolutamente vinculado a la cultura española, no a la de hoy ni a la de ayer, no a la de éste o aquél momento concreto, sino a la España de siempre, a la de su literatura, a la de su cultura. Sí, España es el país donde, por estas cosas que digo, más me gustaría hacer cine.

de «tierra sin pan» a «viridiana»

Integrado en la firma «Filmófono», ya en Madrid, Buñuel es el productor ejecutivo de «Don Quintín el Amargo», «La hija de Juan Simón», «¿Quién me quiere a mí?» y «Centinela alerta». En el 38, la República lo envía a Hollywood para supervisar dos films que van a realizarse sobre el tema de nuestra guerra civil. Concluida la guerra, es contratado por el Museo de Arte Moderno de Nueva York, donde supervisa documentales de vulgarización cultural. En el 42, lo echan por haber dirigido «L'Age d'or». Desde el 42 al 44 comenta, como «locutor», films técnicos. Del 44 al 46 es director de doblajes. En el 47 se va a Méjico y allí tiene oportunidad de dirigir un trivial film musical titulado «Gran Casino», «Los olvidados», rodada en 1950, sitúa a Buñuel entre los grandes directores internacionales. Dirige desde entonces en

Méjico con regularidad, obtiene numerosos premios internacionales, trabaja con las más grandes estrellas del cine mundial. Hasta que, en 1961, viene a España y dirige «Viridiana». El film, saludado en todo el mundo como una de las grandes obras de Buñuel —la segunda película española, tras «Tierra sin pan»— obtiene la Palma de Oro en el Festival de Cannes. La película, rodada con absoluta libertad —«Fui a España, porque es mi país y porque allí pude trabajar con completa libertad», declaró Buñuel—, no ha podido, sin embargo, exhibirse en nuestro país. Buñuel es hombre que añade a sus guiones numerosos detalles durante el rodaje, y lo que pasó sobre el papel en la censura previa no pasó una vez fue convertido en imagen.

Tras el incidente «Viridiana», Buñuel ha intentado de nuevo hacer cine en España. Llegó a tener muy avanzado un proyecto de película dividida en «Cuatro misterios»; también concluyó el guión de «Tristanas», según un relato de Galdós. Dado el enorme prestigio —y rendimiento económico— de Buñuel, la coproducción internacional se estableció rápida y cómodamente. Pero Buñuel no pudo hacer ninguna de estas películas y se marchó a París para dirigir «Le journal d'une femme de chambre», con Jeanne Moreau.

venecia, 8 de septiembre de 1967

Moravia, con voz estridente, rodeado de los miembros del Jurado, del ministro Corona, de Chiarini, de diversas personalidades, y de millones de fotógrafos, ha empezado a leer el acta del Jurado. Han sonado numerosos aplausos y alguna protesta según iba leyendo. Al final cuando ha dicho: «León de Oro de San Marco a «Belle de jour», de Luis Buñuel», ha estallado una enorme y unánime ovación. Tampoco se sabía si Buñuel acudiría al Palazzo a recoger la estatua de oro. Se decía que no tenía smacking y que estaba perdido en la maravillosa Venecia, según Buñuel una ciudad aún más extraordinaria que Toledo.

Pero Buñuel sí estaba allí y subió, impecablemente vestido, a recoger su León de Oro. Se oían «bravos» entre los aplausos. El cogió el León de Oro, lo enseñó un rato a los fotógrafos, lo guardó luego en el estuche, y se nos escapó, aunque seguía físicamente presente, nadie sabe a dónde. Es seguro que retratar lo que Buñuel, nuestro Buñuel, pensaba en aquel instante habría sido bastante más apasionante que recoger su cansada sonrisa para los periódicos de todo el mundo.

J. M.

(Fotos: FERNANDO ARRIBAS y Archivo TRIUNFO)